

Una pneumatología narrativa

Víctor Codina, S. J.
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

Cuando uno llega a los 90 años y mira hacia atrás sin prisas, descubre siempre cosas nuevas. Yo he descubierto que toda mi docencia y todos mis escritos se inscriben en el capítulo tercero del Credo: Creo en el Espíritu Santo. En efecto, he tratado sobre la Iglesia y los sacramentos, los carismas, la vida religiosa, la espiritualidad, las vidas de los santos, la piedad popular, la escatología y, finalmente, el Espíritu Santo o la pneumatología.

Si toda teología es inseparable de la autobiografía del teólogo, ¿qué experiencias me fueron llevando a la pneumatología? ¿Cómo ha sido mi descubrimiento del Espíritu? ¿Cuál ha sido la génesis de mi pneumatología, es decir, mi pneumatogénesis?

No trataré aquí de lo que ya he escrito en mis varios libros de pneumatología, sino que intentaré descubrir los condicionamientos y el hilo secreto que me ha llevado al descubrimiento de la pneumatología. No es mi propósito presentar ahora una pneumatología sistemática y doctrinal, la cual se puede encontrar en los libros, sino una pneumatología narrativa, a partir de mis experiencias personales fundantes.

1. Vigencia de la teología narrativa

Antes de narrar esas experiencias fundantes, quiero afirmar que la narración no es una forma inferior de hacer teología, sino la forma concreta de comunicar el mensaje de la salvación, aun cuando muchas veces, hay teólogos que la consideran pre-crítica. Nuestro kerigma no es abstracto y metafísico, sino histórico. Por eso, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son fundamentalmente relatos, anamnesis de lo que ha sucedido. El credo del Antiguo Testamento no es una definición abstracta de Dios, sino una narración concreta.

Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y fue a refugiarse allí siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, poderosa, numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron, nos impusieron dura servidumbre. Clamamos entonces a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel. Y ahora yo traigo las primicias de los productos de la tierra que tú, Yahvé, me has dado (Dt 26,4-10).

Y en el Nuevo Testamento, el primer kerigma o anuncio de la salvación es el relato de Pedro, después de pentecostés, en el cual narra la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. La narración hace comprender a los israelitas su historia a partir de Jesús y conmueve el corazón de los oyentes, que, llenos de compunción, piden el bautismo (Hch 2,22-41).

Los credos cristianos son narraciones de la historia de la salvación, tan concretas que incluso citan a Poncio Pilato. En este sentido, el cristianismo y la Iglesia no son comunidades argumentativas, sino narrativas. Relatan la experiencia de Dios y de cómo Dios ha obrado su salvación, en la historia del pueblo. Sobre esta base se levanta la reflexión teológica (J. B. Metz), que une lo kerigmático con lo narrativo (P. Ricœur). El que ha tenido una experiencia se vuelve testigo (E. Schillebecks) y en él se unen la experiencia espiritual y la reflexión teológica (Ch. Theobald).

La fuerza narrativa de los relatos no proviene del valor lingüístico de los textos, sino de la eficacia del Espíritu, presente en la creación, en los profetas, en la vida, en la muerte y en la resurrección de Jesús, en el nacimiento de la Iglesia y en toda la historia de la salvación hasta la escatología. Este Espíritu ilumina a los escritores bíblicos y a los lectores de la Palabra, a través de la historia. Y actúa por medio del relato, muchas veces a través de gente sencilla y pobre, que narra lo que Dios ha obrado y obra en la historia. El contenido del relato es cristológico, pero el modo de la transmisión narrativa es pneumatológico.

En un mundo donde la Iglesia ha perdido relevancia, lo narrativo es lo único que puede comunicar, desde su debilidad y su pobreza (M. de Certeau). Este enfoque, aunque su origen es personal, tiene un alcance mucho mayor, ya que puede ofrecer pistas para que otros se acerquen y descubran la pneumatología en su propia vida, en la Iglesia y en el mundo de hoy.

2. La presencia silenciosa del Espíritu en mi vida

Recibí el bautismo a los pocos días de nacer y la confirmación, a los dos años, cuando el obispo hacía la visita pastoral a la parroquia. Sin duda, recibí el don del Espíritu. Fui bautizado y confirmado en la fe de la Iglesia, que mi familia profesaba. Pero no fue sino hasta mucho más tarde que tomé conciencia de ello y tardé años en asumir las consecuencias personales y espirituales de los sacramentos de iniciación que había recibido en mi infancia.

La presencia silenciosa del Espíritu acompañó y guio mi vida familiar y la de mis ocho hermanos, y la profunda fe que heredé de mis padres. El Espíritu protegió a mi familia durante la guerra civil (1936-1939) y la huida de mi madre a Francia con cinco hijos para protegernos de los bombardeos de Barcelona por los nacionales. Huimos el mismo día del bombardeo de Guernica.

Asistir a un colegio francés sin saber la lengua, regresar a Barcelona al acabar la guerra bajo el régimen franquista, comenzar el bachillerato en un colegio privado (EGLV), con muy pocos alumnos... todo esto pudo acontecer gracias a la presencia callada del Espíritu.

3. Diversas irrupciones del Espíritu

A veces, el Espíritu se manifestaba con fuerza, como novedad, apertura, vida, alegría y ánimo. Aunque el colegio EGLV era académicamente bueno y ofrecía momentos para celebrar los sacramentos, después de los seis años, sentí una especie de vacío, de cansancio y de hastío, a causa del ambiente mundano, burgués y poco serio. Pedí cambiar de escuela y mis padres me llevaron al Colegio Jesuites Casp - Sagrat Cor de Jesús de Barcelona.

Hoy leo este proceso de cambio como una irrupción del Espíritu en mi vida. En el colegio de Caspe descubrí un mundo totalmente nuevo para mí, el cual influiría en mi vocación a la Compañía de Jesús. Todo me parecía nuevo, diferente, alegre, oxigenante. Sin duda, el Espíritu del Señor estaba presente, aunque yo no lo sabía.

Otras veces, el Espíritu se me manifestó como una toma de conciencia de la realidad. La muerte de una familiar anciana me impresionó mucho y me hizo reflexionar sobre la vida y la muerte, sobre el sentido de la vida y del más allá. El Espíritu estaba presente, aunque yo no lo detectaba entonces como tal. A partir de ese momento, no he querido seguir a un señor que se pudiera morir, ni quise quedar viudo.

Al concluir el bachillerato, el Espíritu inspiró mi vocación a la Compañía de Jesús y me acompañó en mi larga formación. Dos años de noviciado, en un antiguo monasterio cisterciense de Veruela (Zaragoza). La experiencia del mes de Ejercicios fue fundante y ha marcado toda mi vida.

Hasta ahora he tomado conciencia de que en los Ejercicios espirituales ignacianos hay un gran silencio sobre el Espíritu. El fuerte cristocentrismo prevaliente se explica por el miedo de Ignacio a la inquisición y a ser considerado como un alumbrado más. El texto habla del “buen espíritu”, de ejercicios “espirituales” y del “más” (*magis*), pero el Espíritu solo aparece en las reglas para sentir con la Iglesia, cuando ya no es posible ser acusado de heterodoxia, porque afirma su presencia en ella. Sin embargo, el Espíritu actúa en los Ejercicios espirituales, aunque no se lo cite. De hecho, se trata de una experiencia espiritual, una mistagogía.

Después del noviciado, vinieron tres años de juniorado, en los cuales estudié humanidades clásicas, también en Veruela. Tres años de filosofía en Sant Cugat (Barcelona). Un año de convalidación de la filosofía eclesiástica en la Universidad de Barcelona. Un año de docencia en latín y griego en Raimat (Lleida). Y tres años de teología en Sant Cugat, los cuales concluyeron con mi ordenación sacerdotal.

En esta larga etapa de formación, me acompañó, sin duda, la presencia silenciosa, pero eficaz del Espíritu. Aun cuando no lo supiera, ni fuera consciente de ella. El Espíritu me dio fuerza, paciencia, ánimos y alegría interna, en las circunstancias difíciles o en las crisis personales y ambientales.

En este tiempo de formación, el Espíritu se hizo presente como fuerza y ánimo, en momentos de crisis y de bonanza. En los largos años de formación teológica fui descubriendo las dimensiones proféticas y carismáticas del Espíritu en la Iglesia, en la vida religiosa y en los movimientos proféticos. La teología que estudiábamos era preconiliar, escolástica y en latín, bajo la órbita de la encíclica *Humani generis*, de Pío XII (1950), contraria a la *nouvelle théologie* (la teología francesa). Roma censuró y expulsó de sus cátedras a los dominicos Congar y Chénu (Le Saulchoir, París) y a los jesuitas Daniélou y De Lubac (Fourvière, Lyon).

Intentamos suplir la falta de una teología más abierta con algunas lecturas, medio clandestinas, de teólogos europeos como Congar, Rahner, Schillebeckx, Metz, Küng y Semmelroth. Por las noches, nos reuníamos en una sala pintada de rojo, que llamábamos *sheol*, para discutir problemas reales y vitales. El Espíritu nos daba vida y fuerza, en un ambiente cerrado y teológicamente muy pobre.

El día de mi ordenación presbiteral, postrado en el suelo, mientras la comunidad rezaba la letanía de los santos y pedía el don del Espíritu para los ordenandos, de algún modo experimenté que el Espíritu no es una ideología, sino una realidad existencial y vital, es fuerza, energía, ánimo, dinamismo y alegría.

Acabé el último año de teología en Innsbruck, lo cual me permitió adentrarme en el pensamiento de Karl Rahner, uno de los teólogos más importantes del siglo XX, y conviví allí con futuros teólogos célebres, como Ignacio Ellacuría, Juan Carlos Scannone y Fernando Manresa. La teología de Rahner intenta partir de la realidad, desde un antropocentrismo abierto al misterio absoluto (*Geheimnis*), y considera la revelación como la auto-comunicación de Dios. Rahner enfatiza la importancia permanente de la humanidad de Jesús para acceder al Padre y proclama la estrecha relación entre la Trinidad inmanente (*ad intra*) y la Trinidad que actúa en la historia (*ad extra*). Según Rahner, la historia de la salvación está abierta a toda la humanidad.

Aunque no encontré una pneumatología explícita, Rahner es muy sensible al dinamismo eclesial, es decir, a la dimensión carismática y profética de la Iglesia, fruto del Espíritu. La acción de este no se limita a lo estructural y a lo sacramental. Rahner formula la relación entre Cristo y el Espíritu en términos un tanto escolásticos. “El Espíritu es la causa eficiente de Cristo, Cristo es la causa final del Espíritu”, es decir, Jesús se encarna por obra del Espíritu, que guía su vida y lo resucita de entre los muertos.

La teología de Rahner nace de una experiencia profundamente espiritual. Es una teología “arrodillada” (*kniende*). La profunda espiritualidad de Rahner está reflejada en sus libros de oración. Se emociona al hablar del misterio inefable de Dios. En él, encontré apertura, oxígeno y vida, signos del Espíritu.

4. El concilio Vaticano II, una irrupción eclesial del Espíritu

El concilio Vaticano II fue un nuevo pentecostés. El concilio es fruto de una inspiración espiritual de Juan XXIII, un anciano bergamasco de origen campesino, que había pasado la mayor parte de su vida como delegado pontificio en los países orientales, por tanto, alejado del Vaticano. Juan XXIII, elegido como papa de transición, contrasta con la figura esbelta, intelectual y noble de Pío XII. Sin embargo, Juan XXIII tuvo la audacia de convocar al concilio, movido por el Espíritu, tal como él mismo lo atestiguó.

En la alocución inaugural, *Gaudet sancta mater Ecclesia*, Juan XXIII presenta algunos de los rasgos de la nueva posición de la Iglesia: no condenar, sino usar la misericordia; dialogar con el mundo moderno; dar pasos hacia adelante; distinguir el núcleo del mensaje de sus condicionamientos históricos

y culturales; y no ser profetas de calamidades. Todo esto es fruto del Espíritu. También es del Espíritu el deseo de que la Iglesia sea de todos, pero especialmente de los pobres.

El concilio define a la Iglesia como pueblo de Dios (*LG 11*), afirma la infalibilidad de la fe de los bautizados por la acción del Espíritu (*LG 12*), reconoce que el Espíritu la rejuvenece y la renueva incesantemente, y, a través de sus dones y sus ministerios, la conduce a la unión consumada con su Esposo (*LG 4*). La Iglesia confiesa que es conducida por el Espíritu, que llena el universo (*GS 10*) y que renueva la paz en la tierra (*GS 2*).

La Iglesia ha de procurar discernir en los acontecimientos, en las exigencias y en los deseos del pueblo, los signos verdaderos de la presencia de Dios (*GS 11*). El Espíritu ofrece la posibilidad de la salvación a todas las personas de cualquier cultura y religión, de un modo que solo Dios conoce, asociándolas al misterio pascual (*AG 22*). El Espíritu aparece como co-instituyente de la Iglesia. La explicitación de la *epiclesis* o la invocación del Espíritu en la eucaristía y en los sacramentos es también fruto de la dimensión pneumatológica del Vaticano II.

No obstante, no puede decirse que el concilio haya elaborado una pneumatología explícita, aun cuando el mismo sea fruto del Espíritu. Pablo VI reconoció, en 1973, que a la cristología y la eclesiología del Vaticano II debía suceder una profundización intelectual y espiritual del Espíritu, como complemento indispensable.

Más aún, el protagonismo teológico de los obispos y de los teólogos centroeuropeos en el concilio colocó en el centro de la problemática el diálogo con el mundo ilustrado, más que con el mundo de los pobres, a pesar de estar presentes, excepto en la *Lumen gentium 6* y en la *Gaudium et spes 1*. De esa manera, el concilio se centra en temas como la colegialidad, la libertad religiosa, el ecumenismo, el diálogo entre las religiones y las culturas, y la salvación fuera de la Iglesia. La Iglesia se abrirá al mundo de los pobres y la justicia, en América Latina, en la llamada segunda ilustración.

Estuve en Roma entre 1963 y 1965, cuando tuvieron lugar las últimas sesiones del concilio. Estudié espiritualidad en la Universidad Gregoriana. Centré mis estudios en las dimensiones proféticas y carismáticas de la vida cristiana en la Iglesia: la vida religiosa, los movimientos proféticos, la mística, la teología de la vida espiritual, etc. En la universidad se enseñaba ciertamente espiritualidad, pero no se explicitaba, ni se formulaba en una pneumatología propiamente dicha.

Mi tesis de doctorado trata de la espiritualidad monástica de Juan Casiano, que recoge la tradición monástica primitiva. El monacato fue un movimiento profético y carismático contrario a la Iglesia de la cristiandad. Su fundamento último, según Casiano, no es filosófico, ni neoplatónico, sino evangélico y cristocéntrico. Al adentrarme en Juan Casiano, un autor oriental, que escribía en latín, y en asiduo diálogo con mi director de tesis, el francés Irenée Hausherr, S. J., profesor del Instituto Bíblico Oriental de Roma y gran experto en la espiritualidad oriental, descubrí el mundo cristiano oriental, muy desconocido y muy diferente al latino. Hausherr no solo era sabio, sino también profundamente espiritual, un auténtico padre espiritual.

En Roma, coincidí con la elección del P. Pedro Arrupe como Superior General de la Compañía de Jesús. Arrupe fue un gran profeta, no solo para la Compañía de Jesús, sino también para la Iglesia. Y como todo profeta, pasó por una gran noche oscura eclesial y sufrió una enfermedad que lo redujo al silencio orante durante diez años. Arrupe fue un hombre lleno de Espíritu.

5. Espíritu Santo profético

Una vez acabado mi doctorado en Roma, fui destinado a la formación de los jóvenes jesuitas, en Sant Cugat, primero de los 50 filósofos y luego también de los 100 teólogos. La situación era explosiva. Los nuevos horizontes de libertad, abiertos por el Vaticano II, coincidieron con el final de la dictadura franquista, cada vez más reaccionaria, cruel y decadente. La comunidad de 150 escolares jóvenes era una olla de presión a punto de explotar. Había que tomar urgentemente algunas decisiones.

El Espíritu cierra y abre puertas. El Espíritu estuvo presente en la decisión de dispersar aquella comunidad grande y de iniciar la experiencia de pequeñas comunidades, en los barrios populares de Barcelona (pisos). El riesgo fue grande. La decisión debió haber sido tomada antes. Por tanto, la medida se puso en práctica precipitadamente. Sin embargo, la situación era límite y no se podía esperar más. La misma experiencia se repitió en el País Vasco, Castilla y Madrid, así como en París, Bruselas y Ámsterdam.

El ambiente se distendió y aumentó la vida comunitaria y espiritual. Los escolares realizaron algunas experiencias de trabajo para colaborar económicamente con su formación. Con el tiempo, se limaron asperezas y se moderaron las exageraciones.

Por lo general, el Espíritu requiere de tiempo, no pide prisas. Sin duda, hay que discernir bien, pero el Espíritu tampoco soporta retrasos. La decisión de buscar otro estilo de vida comunitario, más humano y más evangélico, se debió

haber tomado hacia tiempo. Los retrasos se pagan caro. Este proceso, en lo que tuvo de profético y de auténtico, fue obra del Espíritu, que siempre genera novedad y desborda todas las presiones. Tal vez hoy anuncia un camino futuro.

En este contexto, los estudios de teología ganaron interés, aunque disminuyó la asistencia a clase. La asistencia diaria a unas clases magistrales generaba pasividad y aburrimiento. Así, pues, hubo que repensar los estudios de teología. Los seminarios y los módulos redujeron las clases magisteriales, que cansaban a personas maduras y responsables. Visitamos el Instituto de Teología de los jesuitas de Bruselas, dirigido por el P. Albert Chapelle. Ahí encontramos que el curso estaba organizado en cuatro seminarios modulares por semestre, dedicados a la Escritura (Marcos, por ejemplo), la tradición (Agustín), los concilios (Trento) y una cuestión fronteriza (la secularización). Adaptamos el plan de los seminarios modulares para los estudiantes de Sant Cugat y los complementamos con otros seminarios en Barcelona y con trabajo personal —al menos treinta horas semanales de estudio privado de teología.

La experiencia fue positiva, a pesar de las limitaciones institucionales y personales. Al cabo de dos años, el proyecto se suspendió, en gran parte, porque a los profesores de Sant Cugat les molestaba la ausencia de los estudiantes en sus clases. Se perdió así una gran oportunidad para la renovación del estudio de la teología. El proyecto se adelantó a las actuales innovaciones pedagógicas. El Espíritu profético anticipa el futuro, pero hay que saber discernirlo a tiempo, para lo cual se necesita audacia, ya que el cambio atemoriza.

Dentro de la dimensión profética del Espíritu se puede situar la manifestación de un centenar de sacerdotes de la diócesis de Barcelona que, desde la catedral, se dirigió a la Jefatura de la Policía Nacional de Vía Layetana, para entregar una carta de protesta por las torturas infligidas a un universitario. Algunos de los teólogos jesuitas de Sant Cugat participamos en la protesta. Al llegar a la jefatura policial, nos dispersaron a porrazos. El espectáculo de un centenar de curas con sotana corriendo para defenderse de la policía que les pegaba, apareció en los medios nacionales y extranjeros. El incidente contradujo la retórica franquista, que presentaba al régimen como el gran defensor de la Iglesia.

La prensa nacional nos llamó bonzos iracundos y tontos útiles, que hacíamos el juego al comunismo. En realidad, fue un gesto profético, inspirado por el Espíritu, que es Espíritu de justicia y de verdad. Por lo general, los gestos del Espíritu provocan desconcierto y críticas en quienes no desean que la situación cambie para mejorar.

6. La asfixia teológica

El mayo del 68 francés, la experiencia de los sacerdotes obreros en Francia, la asamblea del episcopado latinoamericano en Medellín, también en 1968, el libro de Gustavo Gutiérrez *Teología de liberación. Perspectivas* (1971), la reunión de los teólogos españoles y latinoamericanos en El Escorial, en 1972, sobre teología de la liberación, y la experiencia de la Misión obrera de los jesuitas españoles generaron un clima muy peculiar, donde lo social y lo político marcaron fuertemente la opción cristiana. Fue una mezcla de buena voluntad, generosidad, entrega e idealismo utópico, pero también de ingenuidad, de falta de discernimiento, de voluntarismo y de agotamiento.

Aun cuando sintonizaba con la opción por los pobres y por la justicia, me sentía incómodo, en un ambiente excesivamente voluntarista y moralista, un tanto pelagiano y maniqueo. Ahí faltaba algo. Por otro lado, la teología clásica, incluso la más moderna, me parecía excesivamente idealista, racionalista, fría y alejada de la realidad. Me encontraba perdido, vital y teológicamente, y con una sensación de asfixia.

Recordé entonces la tímida apertura al oriente, experimentada en Roma, durante el concilio, mientras escribía mi tesis doctoral sobre el monacato primitivo, y mis diálogos con mi director, el orientalista P. Irenée Hausherr. Me pregunté si la teología del oriente cristiano podría ayudarme a salir de mi angustia y de la asfixia teológica y vital. Pedí un semestre sabático para estudiar la teología oriental, en el Institut Saint Serge de París, fundado por los exiliados rusos y los ortodoxos. Asistí a las clases de Boris Bobrinskoy, de Andronikov y de Olivier Clément, un francés ortodoxo, con quien trabajé la teología de Paul Evdokimov. Comencé a leer a los teólogos orientales como Berdiaev, Lossky, Schmemman, Khomiakov, Afanassief, Zizioulas, Yannaras, Boulgakov, Ignacio IV de Antioquía y Atenágoras, desconocidos en la teología latina e incluso en la moderna.

Aquellos fueron meses muy intensos. Lentamente desapareció la angustia y la asfixia, gracias al descubrimiento oxigenante del Espíritu. El descubrimiento fue gradual y suave, pero real y novedoso.

7. Redescubrimiento del Espíritu

Mi descubrimiento y mi nueva experiencia del Espíritu se reflejan en un texto de Ignacio Hazim, miembro del Consejo Mundial de las Iglesias de Upsala (1968) y futuro patriarca de Antioquía:

Sin Espíritu, Dios está lejos,
Cristo permanece en el pasado,
el evangelio es letra muerta,
la Iglesia una simple organización,
la autoridad un dominio,
la misión una propaganda,
el culto una evocación
y el actuar cristiano una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu, Cristo resucitado está aquí,
el evangelio es fuerza de vida,
la Iglesia significa la comunión trinitaria,
la autoridad es un servicio liberador,
la misión es un pentecostés,
la liturgia es memorial y anticipación,
el actuar humano queda divinizado.

Me pregunto si la actual decadencia, irrelevancia y disidencia eclesial no está relacionada con la ausencia del Espíritu. Probablemente, el agnosticismo religioso europeo está relacionado con la eclesiología latina occidental y su énfasis doctrinal, moral, jurídico, institucional, estructural, ritual, centralizado, proselitista, apologético e inmovilizador, con menoscabo de lo evangélico, lo carismático, lo místico, lo simbólico, lo iniciático, lo comunitario, la autonomía legítima y la sinodalidad. La Iglesia latina, en su racionalismo, ha olvidado la necesidad del silencio ante el misterio, lo que los orientales llaman apofatismo. La actitud correcta ante el misterio es el silencio y la oración de rodillas.

Es difícil resumir sistemáticamente los elementos teológicos que me llevaron a descubrir al Espíritu. Quizás una de las formulaciones más novedosas fue la afirmación patrística de que Dios se ha encarnado para que la humanidad pudiera recibir el Espíritu. Dios se hizo carne humana para que la humanidad pudiera hacerse Dios. La finalidad de la encarnación, de la cruz y de la resurrección es el pentecostés. Dios se ha hecho portador de la carne (carnóforo) para que la humanidad pueda hacerse portadora del Espíritu (pneumatóforo, Atanasio, PG 26, 996c). En Cristo, la Iglesia es del Espíritu. El cuerpo pneumático resucitado se convierte así en cuerpo eclesial, el lugar donde el Espíritu, como en un nuevo pentecostés, sopla con fuerza, en la lenta maduración de la parusía. El soplo de Dios nos hace pneumáticos y el Espíritu nos hace crísticos (Juan Damasceno). Cristo es el gran precursor del Espíritu (Evdokimov).

Esta visión positiva de la encarnación sorprende a un cristianismo latino que aún no ha superado el concepto de Anselmo. Según este, el Hijo se encarna para

satisfacer con la sangre infinita del crucificado el honor ofendido de Dios por el pecado humano. En cambio, para la teología oriental, Dios se encarna para que podamos recibir el Espíritu, que nos hace partícipes de la naturaleza divina. Somos hijos que podemos llamar a Dios *Abba*, padre-madre. La filiación divina constituye la plenitud de sentido de toda la humanidad.

La gráfica afirmación de Ireneo de Lyon sobre las dos manos del Padre, el Hijo y el Espíritu, con las cuales nos crea y nos acompaña (*Adv haer* 5,28,4; 4,7,4; 4,20,1; 4,38,3; 5,1,3; 5,6,1; 28,4), me ayudó a comprender la diferencia y la complementariedad de las dos misiones trinitarias del Hijo y del Espíritu. La mano del Hijo se encarna. Tiene un nombre, Jesús; un lugar, Nazaret; vive en el tiempo, entre Octavio y Tiberio; predica, muere y resucita. Esta dimensión visible e histórica de Jesús se prolonga a través de la Iglesia.

La mano del Espíritu no se encarna en nadie, no tiene nombre propio. Se la representa con símbolos cósmicos como el aire, el viento, el soplo, el agua, el fuego, el perfume, el óleo y la paloma. No tiene palabra propia, es silencio, pero nos mueve internamente a creer en Jesús, nos hace comprender su palabra, nos introduce en la comunión eclesial, nos perdona los pecados, nos hace partícipes de la filiación divina y nos resucita de entre los muertos, como resucitó a Jesús. Sin embargo, su acción va más allá de las fronteras eclesiales, ya que el Espíritu llena el universo. Todo lo que hay en el mundo de vida, de sabiduría, de belleza, de ciencia, de arte, de cultura, de justicia, de bondad, de espiritualidad y de religiosidad es fruto suyo.

Por otro lado, la mano del Espíritu está de tal manera orientada al Hijo, que para saber si alguna moción es auténticamente del Espíritu, hay que mirar la mano del Hijo, pues en Jesús se disciernen los espíritus. Sin Espíritu, nadie puede decir Jesús es el Señor (1 Cor 12,3), el Espíritu es el Espíritu del Señor. Por tanto, si algo conduce al odio, a la venganza, a la prepotencia, al desprecio de los pobres, al egoísmo y, en definitiva, a la muerte, eso no proviene del Espíritu de Jesús. Su Espíritu nos lleva a seguirlo y a vivir como él vivió. El Espíritu de Jesús infunde confianza en el Padre, amor a los descartados y a los enemigos, bondad, justicia, generosidad, solidaridad, aceptación de la cruz, alegría y profecía.

Desde esta perspectiva de las dos manos, hay que reconocer que la Iglesia y la teología latina han enfatizado solo la mano del Hijo. Frecuentemente, han olvidado la mano del Espíritu. De esa manera, la figura del Padre ha quedado mutilada. No se trata de cuestionar el cristocentrismo de la fe eclesial. Jesucristo constituye la identidad básica de la fe cristiana, lo cristiano es su persona y fuera de él, no hay salvación (Hch 4,12). Jesucristo es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). El desafío consiste, por tanto, en no separar a Cristo del Espíritu.

La cristología debe ser pneumatológica, tal como la de Basilio, que recuerda que el Espíritu precede a la venida de Cristo. La encarnación es inseparable del Espíritu y los milagros y las curaciones de Cristo tienen lugar por medio del Espíritu. La redención de los pecadores se efectúa también por el Espíritu (Basilio, *De Spiritu Sancto*, 16,39).

De alguna manera, el Espíritu antecede al hecho crístico, o como dice Evdokimov, la acción espiritual precede a toda manifestación de Cristo (*Présence de l'Esprit Saint dans la tradition orthodoxe*, p. 87, París, 1977). La epiclesis o la invocación del Espíritu expresa esta mediación, previa a la presencia eucarística y sacramental del Señor. No es el sacerdote quien realiza, por sí solo, como si fuera otro Cristo, el milagro sacramental, sino que, como ministro de la Iglesia, pide al Espíritu que actualice la gracia y la salvación de Cristo, en los sacramentos eclesiales. La Iglesia no es una cuestión de recetas, ni de prohibiciones, sino que es Espíritu, vida, fuego, sentido e inspiración creativa (patriarca Atenágoras). A veces, da la impresión de que la Iglesia teme al Espíritu y a la libertad personal. Por eso, se cierra en el moralismo ritualista o jurídico.

Evidentemente, la relevancia del Espíritu en la cristología y en la eclesio-
logía tiene raíces trinitarias. La tradición latina, siguiendo a Agustín y a Tomás, afirma que el Espíritu es el vínculo de unión de amor entre el Padre y el Hijo. El Amor que une al Amante (el Padre) con el Amado (el Hijo). La teología oriental complementa esta visión, al afirmar que el Padre engendra al Hijo por el sople del Espíritu de Amor.

Así, pues, el Espíritu deja de ser una especie de apéndice, al final de todas las oraciones —“con el Santo Espíritu. Amén”. Y se inserta en la comunión trinitaria, de modo que tanto se puede decir “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo” como “Gloria al Padre, al Espíritu Santo y al Hijo”. En realidad, aquello que al hablar de la Trinidad va en último lugar, el Espíritu, al hablar de nuestra relación con ella, ocupa el primer lugar (Pedro Trigo).

La Iglesia primitiva sustituía, a veces, “el reino” por “el Espíritu” en el padrenuestro, y decía “Venga a nosotros tu Espíritu”. Esta formulación evita el riesgo de pensar que el reino es solo fruto de nuestro compromiso y de nuestro esfuerzo. El reino es don del Espíritu, que pide nuestra colaboración.

Sin entrar en mayores tecnicismos, la afirmación de que el Espíritu procede del Padre “y del Hijo” (*Filioque*), que la Iglesia latina añadió al credo, lo cual provocó conflictos y, finalmente, la ruptura con la Iglesia oriental, se puede complementar ecuménicamente añadiendo que el Hijo nace del Padre por el Espíritu (*Spirituque*), una fórmula aceptada por algunos teólogos orientales (P.

Evdokimov, O. Clément y B. Bobrinsky) y también por algunos teólogos occidentales (F. X. Durrwell).

En el centro de la teología ortodoxa de París, redescubrí la importancia del Espíritu en la vida cristiana, ahí recuperé al Espíritu como “Señor vivificante”, es decir, como vida, como soplo vital y como hálito, que alienta la vida personal y la eclesial. Fuera de él, solo hay muerte. Asimismo, recuperé el sentido teológico y espiritual de algunos himnos latinos medievales, como el *Veni creator Spiritus*, del alemán Rabanus Maurus (780-856), y el *Veni sancte Spiritus*, del arzobispo inglés de Canterbury, Stephen Langton (c. 1150-1228). Estos himnos suplican la venida del Espíritu, luz beatísima, padre de los pobres, creador, consolador, dulce huésped del alma, don de Dios, fuente viva, fuego, amor y dador de los siete dones. Piden también que llene la intimidad del corazón, que lave lo sórdido, que riegue lo árido y sane lo enfermo, que doblegue lo rígido y caliente lo frígido, que guíe lo perdido y conceda el gozo perenne. Finalmente, los himnos le ruegan conocer por su medio al Padre y al Hijo, que resucitó de entre los muertos, y terminan glorificando al Padre, al Hijo y al Espíritu.

Mi experiencia en el mundo oriental fue un gran don del Espíritu, una verdadera teofanía o manifestación suya, que acabó con mi angustia y mi asfixia. Entonces, comencé a respirar con los dos pulmones, con el occidental latino y con el oriental, tal como deseaba Juan Pablo II.

8. El descubrimiento de otra nueva dimensión del Espíritu

Pío XII pidió a los jesuitas catalanes, valencianos y mallorquines ir a Bolivia y a Paraguay. Mi hermano Gabriel, también jesuita, fue enviado a Bolivia. En los años 1971, 1978 y 1979, impartí algunos cursos y charlas en Bolivia. En marzo de 1980, dos días antes del martirio de Mons. Romero en El Salvador, en La Paz, fue asesinado Luís Espinal. Lo mataron los militares y los narcotraficantes que no soportaron sus críticas proféticas a la dictadura y al narcotráfico. Brindaron con cava su muerte. Unas 80,000 personas asistieron a su funeral. Espinal fue un profeta, profundamente espiritual, que, movido por el Espíritu, gastó su vida por los demás.

La muerte de mi compañero Espinal me impactó profundamente y me sentí llamado a pedir que me destinaran a Bolivia. No para sustituirlo, pues él era técnico en cine y en medios de comunicación social. Sino para acompañar al pueblo boliviano. Después de muchos años, no dudo de que ese impulso provino del Espíritu. En Bolivia descubrí otras dimensiones del Espíritu.

La pneumatología oriental enfatiza las dimensiones personales y eclesiales del Espíritu. También es sensible a sus dimensiones cósmicas y escatológicas.

Sin embargo, sus dimensiones históricas se manifiestan menos o muy poco. Estas dimensiones las descubrí durante mis 36 años en Bolivia. Mi estancia en este país, me permitió visitar casi toda América Latina, un continente no solo pobre, sino empobrecido. Sus pueblos han sufrido la colonización hispana y portuguesa. Más recientemente, la del capitalismo mundial, que explota sus materias primas y ha convertido al continente latinoamericano en uno de los lugares más desiguales del mundo.

La Iglesia latinoamericana y del Caribe hizo una relectura creativa del concilio Vaticano II, en Medellín, en 1968. La lectura está hecha desde el clamor de los pobres y la justicia. En este acontecimiento, el Espíritu desbordó el ámbito eclesial y se abrió al mundo. Aquí entran en escena los movimientos sociales y políticos, que exigen cambiar las estructuras sociales para liberar a los pobres y los descartados. Fue el paso de la ilustración de la modernidad a la ilustración de la justicia y la solidaridad.

El contacto con estos movimientos y con la teología de la liberación eliminó totalmente mi agobio. En esta experiencia, descubrí la presencia del Espíritu en la historia. La acción social e histórica es impulsada por el Espíritu, fuego y aliento espiritual. No es, pues, solo cuestión de voluntad, ni de individualidades. La figura de Mons. Romero simboliza cómo actúa el Espíritu en América Latina.

Es peligroso reducir el Espíritu al “dulce huésped del alma”, porque es también “Espíritu creador” y “padre de los pobres”. Tampoco es correcto contraponer la era del Espíritu con la era de Cristo. Este fue el intento de Joaquín de Fiore, un monje cisterciense de Calabria (1135-1202), quien proyectó la Trinidad en la historia. La era del Padre comprende desde Adán hasta los patriarcas y sería la era de los laicos. La era del Hijo comienza con el rey Oseas y culmina en Jesucristo y sería la era de la Iglesia, los clérigos, la jerarquía y los sacramentos. Finalmente, la era del Espíritu, que comienza con san Benito y sería la era de los espirituales, de los monjes y de la plena libertad. Los franciscanos radicales, los *fratricelli*, se apuntaron a esta idea, la cual fue rechazada por la Iglesia jerárquica. Sin embargo, la intuición de Joaquín de Fiore de que la era del Espíritu está vinculada con la historia y con la renovación de la humanidad tiene una repercusión enorme en el pensamiento moderno. El Espíritu actúa en la historia y la conduce hacia el reino.

En Bolivia, me adentré no solo en un pueblo empobrecido, sino también en una pluralidad de culturas y de espiritualidades, tanto andinas (aymaras y quechuas) como orientales y amazónicas (guaraníes, chiquitanos, mojeños y guarayos). El pueblo boliviano es profundamente religioso, practica una religiosidad popular intensa (“Diosito nos acompaña siempre”) y posee una sabi-

duría ancestral, incluso anterior a la cristiana. El Espíritu llegó antes que los misioneros. Muchas veces, estos no lo reconocieron y atribuyeron la religiosidad autóctona a fuerzas demoniacas. El Espíritu, presente en la creación y en la historia, es el Espíritu del Señor, de Jesús, el Cristo, y no otro.

En Bolivia, pasé no solo de la primera ilustración occidental y europea, la razón ilustrada y secular, a la segunda ilustración de la justicia y los pobres, sino también a una tercera ilustración, la de los otros. Así, me introduje en diferentes culturas, espiritualidades y sexualidades, en la relación con la tierra, la Pacha Mama, la cual suscita en el pueblo latinoamericano devoción, respeto y armonía, en íntima relación con María, la fuente de la vida.

¿Por qué reducir el Espíritu de Yahvé a lo personal e interior, o a lo eclesial, cuando nos abre a la historia, a la justicia, a los pobres y a la escatología de un mundo nuevo, ecológico y reconciliado? ¿No deberíamos integrar en nuestras homilias y catequesis la dimensión cósmica y la de la justicia?

Desde esta nueva perspectiva, leo críticamente la doctrina tradicional de los siete dones del Espíritu, a partir de Isaías 11. El Espíritu de Yahvé es Espíritu de sabiduría y de inteligencia, de consejo y de fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor de Dios (Is 11,1-3). Enseguida, el texto comunica que el Espíritu de Yahvé es Espíritu de justicia para los débiles y de sentencia recta y justa para los pobres de la tierra y que la justicia será el ceñidor de su cintura (Is 11,4-5). Y añade que el lobo y el cordero, el leopardo y el cabrito serán vecinos, y que el novillo pacerá junto al cachorro, la vaca y la osa pacerán juntas; el león comerá paja como los bueyes y el niño de pecho jugará con el áspid y la víbora (Is 11,6-8). Es decir, el Espíritu es personal y eclesial, pero también es Espíritu de justicia con los pobres y de tensión escatológica, respetuosa de la creación.

La perspectiva de la ecología y de la justicia permite una aproximación positiva a los movimientos carismáticos que, con razón, redescubren el Espíritu. No obstante, tienen el peligro de reducirlo a algo personal e interior o al don de lenguas, olvidando su dimensión profética, que clama a través de la creación (Rm 8) y de los pobres.

Los centros sociales, las parroquias, las comunidades de base y la Universidad Católica Boliviana, por donde pasé, así como la pobreza, la falta de medios, el frío de Oruro, a 3,700 metros sobre el nivel del mar, y el calor tropical de Santa Cruz que experimenté, fueron lugares espirituales y teológicos. Momentos de consolación espiritual, de creatividad y de encuentro con Dios en todo, de alegría y de ligereza interior. Tuve el sentimiento de estar en un lugar evangélico, nazareno. Eso era lo que Dios quería. Experimenté el mismo

sentimiento que Edith Stein, luego de leer la *Autobiografía* de santa Teresa: “esta es la verdad”.

En América Latina he descubierto que el Espíritu actúa desde abajo, desde el caos primigenio de la creación (*toho waboho*), desde el *de profundis* de la historia, desde el abismo, desde mujeres estériles, desde situaciones de muerte, cuando parece que el agua llega al cuello y la muerte amenaza. Varios teólogos y teólogas de América Latina —José Comblin, Leonardo Boff, María José Caram y Diego Irrázaval— han descubierto también que el Espíritu clama a través de los pobres y de los gemidos de la tierra, más allá de las fronteras eclesiales.

La apertura del Espíritu, más allá de la Iglesia, aparece también en el papa Francisco. En sus homilias, catequesis y documentos, el papa promueve una Iglesia “en salida”, es decir, una Iglesia que sale a la calle, que va a los límites existenciales y sociales. El papa compara a la Iglesia con un hospital de campaña. Habla de la Iglesia de los pobres. De una Iglesia que defiende la tierra y escucha el clamor de los pobres, y de la religiosidad y la mística del pueblo como lugar teológico. Asimismo, anima a los movimientos populares, que reclaman tierra, trabajo y techo. Pide hablar más de Cristo que de la Iglesia y que los pastores huelan a oveja. La Iglesia es sinodal, en escucha y discernimiento, en camino hacia el reino. Todo ello, en un ambiente de alegría y consuelo. Lejos del pesimismo y la acedia. Indudablemente, el decir y el quehacer de Francisco es impulsado e iluminado por el Espíritu del Señor, que siempre es novedad y, por eso, rompe nuestros esquemas y desborda nuestra imaginación. La Iglesia es un pentecostés renovado y permanente.

Después de experimentar todo esto en Bolivia y en América Latina durante 36 años, no dudo de que el impulso para salir de Barcelona, después de la muerte de Luis Espinal, procedía del Espíritu y que él me acompañó a lo largo de esos años.

9. Un discernimiento arriesgado: regresar a Europa

Cuando pensaba acabar mis días en Bolivia, una serie de acontecimientos familiares me obligaron a preguntarme si no debía regresar a Europa. Después de discernir, orar y consultar, pedí volver a Barcelona para acompañar de cerca a mi familia, que estaba en una situación muy vulnerable. Los hechos posteriores me han confirmado que fue la decisión correcta, aun cuando me resultó muy doloroso dejar Bolivia, donde dejé compañeros, amigos, libros, escritos y apuntes.

Ya de regreso en Barcelona, he experimentado al Espíritu Santo en el ambiente secularizado de Europa, en el sínodo de la Amazonía y en la covid. El salto de Bolivia a Barcelona fue muy brusco. Pasé de un mundo sencillo, pobre y profundamente religioso, a una Cataluña con un nivel de vida alto y con sólidas estructuras educativas, sanitarias y de transporte, lo cual contrasta con las deficiencias del tercer mundo. En Barcelona no hay solo grandes comercios y lujosas tiendas de moda y joyas, hoteles y restaurantes para turistas, sino también un creciente cinturón de pobreza y de marginalidad —gente sin trabajo, familias desahuciadas, personas sin techo que habitan en las calles o que viven de la caridad, y migrantes sin papeles, personas.

No obstante, el mayor contraste entre América Latina y Europa se da a nivel religioso. Cataluña, en concreto, es una de las regiones más secularizadas de Europa. Las viejas generaciones que vivieron el concilio Vaticano II y que educaron cristianamente a sus hijos, contemplan ahora con estupor y tristeza que muchos de ellos han abandonado la Iglesia y que sus nietos no están bautizados. Tal vez no predomina el ateísmo duro del siglo XIX, sino el agnosticismo, la indiferencia y la incultura religiosa. Muchos se definen no creyentes, en una cultura tradicional cristiana, que celebra la navidad y la pascua como fiestas del solsticio de invierno y del equinoccio de primavera. El pesebre navideño no es necesariamente una expresión de la fe cristiana, sino una tradición cultural.

Cabe preguntarse si esta indiferencia religiosa y el agnosticismo europeo no están relacionados con el alto nivel de vida y con el materialismo reinante, poco sensible a lo que ocurre en los países pobres. Europa da por supuesto que el acceso al agua potable, a la electricidad, a la escuela y a los hospitales, así como comer tres veces al día es universal. La insensibilidad religiosa puede ser también una herencia histórica del colonialismo europeo en Asia, África y América. Bíblicamente, el conocimiento de Dios está ligado a la práctica de la justicia.

Estas realidades me obligan a preguntar si se puede ser cristiano en Europa. Una cierta conversión es necesaria, pero no se puede comenzar enunciando dogmas y mandamientos, y practicando ritos. Sino aproximando a la persona de Jesús para ser cautivado por ella y así llenar el corazón de alegría auténtica. En terminología clásica, se trata de una mistagogía o de la iniciación en una experiencia espiritual. El Espíritu Santo es quien convierte a Jesús, ya que nadie puede confesarlo como Señor si no es movido por aquel (1 Cor 12,3). Cabe preguntarse, tal como ya he insinuado, si una visión de Dios, de Cristo y de la Iglesia sin Espíritu no es una de las causas que ha contribuido a alejar de Dios. K. Rahner decía que el cristiano del siglo XXI debía ser místico o no sería cristiano, es decir, sin una experiencia espiritual del Señor, no se puede aceptar

el credo ni la Iglesia. Así, pues, en esta Europa agnóstica, he redescubierto la necesidad de una mistagogía espiritual para llegar a la fe cristiana.

La segunda experiencia espiritual tuvo lugar a raíz de mi nombramiento como teólogo asesor del sínodo de la Amazonía. En la elaboración del documento de trabajo (*Instrumentum laboris*) y en la participación en las discusiones en el sínodo, me hicieron experimentar la centralidad del Espíritu como la vida que comienza por defender a los indígenas de las agresiones de las multinacionales y que culmina en una Iglesia con rostro amazónico, que incluso pide un rito también amazónico. Experimenté cómo el Espíritu desbordaba los temas y cómo se hacía presente en las interpelaciones proféticas, sobre todo, de las indígenas. No basta con ver. Es necesario escuchar su clamor audaz y profético.

El sínodo y el documento posterior de Francisco, *Querida Amazonía*, decepcionaron a quienes solo estaban interesados en cuestiones como la ordenación de hombres casados y el diaconado de las mujeres. En realidad, el horizonte del sínodo era mucho más amplio. Después del sínodo, Francisco creó no una conferencia episcopal amazónica, sino una Asamblea eclesial amazónica, conformada por obispos, indígenas laicos y representantes de la vida consagrada. La asamblea desborda el esquema clásico de la conferencia episcopal y abre la Iglesia a la sinodalidad, la participación y la escucha de todos los bautizados, sin elitismo, ni marginaciones. Es una pirámide invertida, donde los bautizados ocupan la parte superior y la jerarquía, la inferior. La decisión de Francisco representa un verdadero “infarto teológico” para los defensores de la visión tradicional y patriarcal de la Iglesia de la cristiandad. El sínodo de la Amazonía fue el primer paso para la creación de la Asamblea eclesial latinoamericana y caribeña y para el sínodo de obispos sobre la sinodalidad, convocado para 2023.

El Espíritu actuó, una vez más, desde el margen, desde los pobres indígenas amazónicos, cuya vida está amenazada. Desde abajo, el Espíritu se abre a toda la Iglesia e invita a la escucha mutua y a la participación de todos los bautizados.

La tercera experiencia ha sido la epidemia de la covid —hospitales colapsados, muertes en las residencias de ancianos, familias encerradas en sus casas por la cuarentena, escuelas y restaurantes cerrados, templos con aforo muy limitado, trabajo domiciliario, mascarilla, miedo al contagio, muertes en solitario y sin funerales públicos. Yo fui una víctima de la covid y estuve hospitalizado, en estado de extrema gravedad. Superé la crisis gracias a la gran profesionalidad médica, a los cuidados de sanitarios y sanitarias, y a la cadena de oraciones que pidieron por mi salud.

En el mes de padecer la covid, experimenté lo que seguramente otros muchos enfermos también han experimentado: la vulnerabilidad de la existencia

y del propio cuerpo, la necesidad de ser cuidado, los límites de la ciencia, de la medicina y de los médicos ante el final de la vida, ya que no tenían respuesta.

Experimenté que solo las religiones tienen respuesta para estas situaciones límite y, en concreto, la fe cristiana, que nos ofrece la esperanza de que el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos, nos resucitará también a nosotros. Esta esperanza es fuente de consuelo y de paz. La vida tiene sentido, venimos de Dios Padre y volvemos a él. El Espíritu creador es el Espíritu consumidor, ni la cruz, ni la muerte tienen la última palabra.

A medida que recuperaba la salud, comprendí el sentido del Salmo 116 (1-6.8-9):

Yo amo, porque Yahvé escucha
mi voz suplicante
porque hacia mí su oído inclina
el día en que clamé.

Los lazos de la muerte me aferraban,
me sorprendieron las redes del sol,
en angustia y tristeza me encontraba,
y el nombre de Yahvé invoqué.

¡Ah, Yahvé, salva mi alma!
Tierno es Yahvé y justo,
compasivo nuestro Dios.
Yahvé guarda a los pequeños,
estaba yo postrado y me salvó.

[...]

Ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas
y mis pies del mal paso.
Caminaré en la presencia de Yahvé
por la tierra de los vivos.

La sensación de asfixia por falta de oxígeno me hizo comprender la importancia del hálito y del aliento como símbolos del Espíritu, como soplo vital. Sin él, no hay vida, solo asfixia y muerte.

A medida que recupero la salud, me pregunto por qué el Señor me ha conservado la vida, hasta cumplir los 90 años. Tal vez para comunicar a otros el sentido de la presencia del Espíritu en nuestra vida personal, social, eclesial y cósmica. Una presencia, a veces, discreta; otras veces, que irrumpe con

fuerza y desconcierta por la novedad y el desbordamiento. El discernimiento para regresar a mis orígenes fue correcto. El Espíritu estaba presente.

* * * *

Al concluir este largo recorrido de pneumatología narrativa, solo me queda agradecer al Señor la presencia de su Espíritu en mi vida, en la vida de la humanidad y en la vida de la Iglesia. Y agradecer haberlo descubierto, a través de diferentes acontecimientos y personas, como una realidad personal y misteriosa, que es luz, fuerza, fuego, alegría y vida plena.

Deseo seguir caminando en su presencia y anunciar a los demás que todo es gracia, es decir, todo es don del Espíritu: “¡Ven, Espíritu Santo, y renueva la faz de la tierra!”.